

# Encuadres de Reyes Bercini

Joaquín-Armando Chacón

*La necesidad de agrandar nuestro entorno fue encomendada a los magos y los narradores y, en algunos casos, las dos funciones se confundían.*

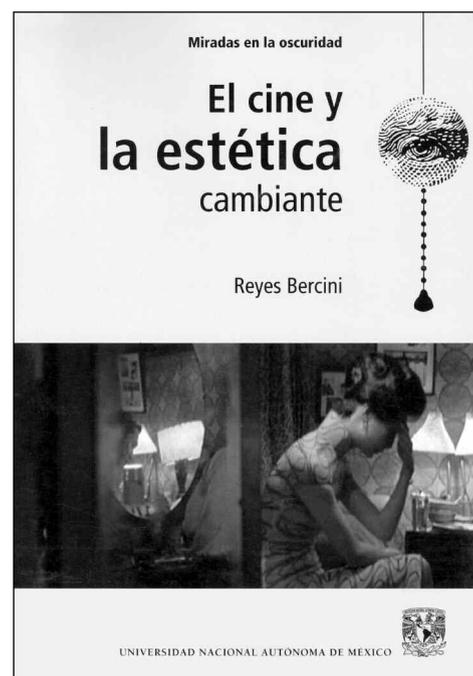
El cine y la estética cambiante  
REYES BERGINI

La primera palabra que le escuché a Reyes Bercini fue “Cine”, pronunciada ampulosamente, con orgullo, con satisfacción, con mayúscula, con un significado múltiple de quien se refiere con esa única palabra a Universo, Patria, Destino, Ética, Origen, Paraíso, Humanidad, a todos los colores y sonidos existentes en cualquier lenguaje o música y a todos los caminos y senderos por donde se ha transitado en la historia de las sociedades, e incluso por aquéllos aún por descubrir. Esto fue hace muchos años, cuando Bercini iniciaba sus estudios en el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Desde entonces estoy seguro de que esa fue también la primera palabra que pronunció, incluso antes del llanto con el cual cualquier nacido anuncia que desde ese momento pertenece a los seres vivos: “Cine”, cuatro letras, dos sílabas, dos consonantes y dos vocales, “Cine” y no por supuesto “agua”, ni “mamá”, ni “da-da” o alguno de esos balbuceos intraducibles en un crío de pecho y cuna, sino “Cine” con claridad, y esa sería la primera palabra que le escucharían después su madre, sus hermanos, sus familiares, sus conocidos, mientras daba sus primeros pasos y sentones por allá en su pueblo de Cumpas, en Sonora, en el Norte de México. No hay duda alguna, no la tenemos, en lo absoluto. Y, posteriormente, al crecer un poco más y poder articular algunas palabras en orden, éstas serían esas

tres mágicas palabritas con las cuales se desata la imaginación colectiva: “Luces... Cámara... Acción”.

Ahora, muchos años después de todo aquello, celebramos su libro *El cine y la estética cambiante*, que la UNAM le ha publicado en la colección *Miradas en la oscuridad*. Un bello libro en un tono verdeamarillento o amarilloverdoso con los créditos en letras en negro y el famoso escudo en la parte inferior de la derecha y la ilustración de una atractiva fotografía alargada, como de *cinemascope*, que pertenece a la película del director chino Wong Kar-Wai que se llama en español *Deseando amar*, sugerente y apropiado para esta obra de Reyes Bercini, de ciento setenta y cinco páginas, con fotografías, dedicadas íntegramente a una pasión: el cine, por supuesto, y en donde se agrupan once ensayos en cincuenta y tres artículos que muestran su faceta de ensayista para ir desmenuzando los aportes y las técnicas que el llamado Séptimo Arte le ha ido ofreciendo al público, a las sociedades que con las imágenes llamativas y sorprendentes de la pantalla han ido cubriendo el recuerdo de las ondulantes e hipnóticas llamas de la hoguera donde en corro se relataban las vivencias y los sueños y se iban construyendo los dioses y el futuro.

Bercini abre su viaje ensayístico de agrupación de artículos precisamente con el que le ha dado título al libro: *El cine y la estética cambiante* para, en un vigoroso enlazamiento, explicar los cambios sustanciales, necesarios y acelerados que han ido expresando esta estética cambiante. Así, de este invento creado para servir a la ciencia y mostrar la realidad y de su repentino enfoque rumbo al espectáculo y el arte surgieron las tramas de las historias en imágenes sin so-



nido de Griffith, de Chaplin, de Eisenstein entre otros, naciendo con ellos el lenguaje cinematográfico, a pesar de que faltaban las palabras, porque en su inicio no fue el verbo sino la imagen en un movimiento acelerado en blanco y negro, pero Bercini ya nos ha acentuado que “toda técnica conlleva un cambio en la estética”, lo que no obstaba para que tomara de la mano a la tecnología y, a pasos agigantados producir el sonido y el color y ya jamás soltar ese amarre de las novedades del ingenio humano en cuanto a las herramientas que se seguirían produciendo.

Pero, atención, si bien Bercini nos señala que este auge de la nueva industria (al iniciarse el contradictorio siglo XX) se cristaliza y se sustenta en el beneficio de los productores (en contra de esa frase de Louis Lumière al externar que “el cine es un invento que no tiene porvenir”), nuestro autor enfoca sus baterías hacia el camino de



Casablanca, Michael Curtiz, 1942

los creadores que buscaron sortear las amenazas a sus propósitos artísticos y alejarlo del mero espectáculo de feria y consumo vano en que pretendían instalarlo los comerciantes, sobre todo los de la industria hollywoodense, y por ello en rápidas secuencias de intercortes nos menciona al Neorrealismo italiano, con Rossellino, con Vittorio de Sica, con Visconti y sus *Roma*, *ciudad abierta*, *Ladrón de bicicletas*, *La tierra tiembla* con su nueva estética, donde la producción iba en búsqueda de proyectar la verdad de su tiempo, y sentando las bases para lo que posteriormente se llamó la *Nouvelle Vague* de Truffaut, Godard y Alain Resnais para quienes “todo movimiento de cámara debía corresponder a una actitud ética” y tienden un puente donde la realidad social de Latinoamérica se expresa con el *Cinema Novo* brasileño y las películas de los cubanos Tomás Gutiérrez Alea y Humberto Solás, ya en los años sesenta de aquel siglo trepidante. Y, sin detenerse en ningún instante, la pluma o los teclados de la máquina de escribir o de la computadora de Bercini son utilizados como si fuera una cámara que al proyectar-

nos un documental va reflejando esa carrera de relevos, donde la estafeta pasa por las manos de Bertolucci, de Antonioni, de Marco Bellocchio y brinca las fronteras para ser tomada por el director de *El joven Törless* en Alemania, y por Werner Herzog y pasa a las de Fassbinder y a las de Win Wenders, antes de regresar a los ámbitos de las colinas de Hollywood y seralzada, esa estafeta de creatividad, por Francis Ford Coppola, por Martin Scorsese, por George Lucas, entre otros, que aprovechan las nuevas herramientas tecnológicas de la era digital, consiguiendo integrarlas, con su particular manejo, a las raíces de la estructura literaria, del pincel de la pintura y el sonido de la música, el giro de la danza y el espacio de la arquitectura. Y Bercini, hacia el final de este capítulo inicial señala que: “Todo nuevo artilugio, como novedad que es, se inserta en una industria hasta que se agota”, y en las líneas finales de este artículo advierte que: “El tamiz del tiempo es necesario en cualquier actividad humana. En el arte es esencial, imprescindible en el caso del cine; es el único juez que sitúa los hechos en el lugar correcto...”.

El cine, las películas, para la gran mayoría de las personas, cumple la función, también necesaria, de un *hobby*, un espacio de tiempo en el cual fugarse hacia otra realidad, pero para Reyes Bercini ha sido definitivamente una pasión en donde no existen los límites, un hechizo al cual está atado desde el primer día que ante el asiento de una sala sus ojos se fijaron en ese espacio sin tiempo en donde transcurría otro tiempo y él, *voyeur* ansioso, se adentraba en las vidas ajenas. Y ya no había escapatoria, había recibido y aceptado “el llamado a la aventura” de formar parte de sus hacedores y se encaminaría a ir descubriendo todos los secretos en todos los rincones que fueran necesarios: se inscribe en el CUEC, filma en formato Súper 8 y después en 16 milímetros, cumple funciones de asistente de dirección (con Alberto Isaac, Sergio Olhovich y Alfredo Gurrola), participa como actor, promueve programas de televisión y dirige dos docenas de ellos sobre dramaturgos, escribe guiones de cine y su obra *La ira acumulada* es premiada en un concurso de la SOGEM y se hace merecedor a dos Arieles, el de Argumento Original y el de Guión Cinematográfico, por *Llámenme Mike* en colaboración con Jorge Patiño. En 1996 consigue dirigir su primer largometraje profesional: *Reencuentros*, basado en un guión propio y con la participación estelar de María Rojo y Manuel Ojeda. Para entonces su condición didáctica por ofrecer sus descubrimientos y comunicar su pasión lo han llevado a dar clases de las diferentes disciplinas de su profesión en la Universidad Iberoamericana, en la Escuela de la SOGEM, en el Instituto Tecnológico, campus Morelos, en distintas universidades de la provincia y hace su regreso al CUEC como profesor, y esta misma conciencia didáctica lo ha impulsado a escribir diversos artículos en diferentes publicaciones, para plasmar sus ob-

Bercini abre su viaje ensayístico de agrupación de artículos precisamente con el que le ha dado título al libro: *El cine y la estética cambiante*.

sesiones y venerar las diferentes facetas y planos de la cinematografía, y ahora a reunirlos en este libro para a su vez plasmar su mirada en la Ciencia Ficción, en el recuerdo perenne de “La década dorada del México de los años cuarenta”, con el surgimiento de la temática de Emilio El Indio Fernández y los encuadres de Gabriel Figueroa, quienes nos descubrieron el firmamento estrellado de Dolores del Río y de la doña de todas las doñas, María Félix, y la estampa de Pedro Armendáriz, y los despliegues de Julio Bracho, de Gavaldón e Ismael Rodríguez, quien hace brillar a Pedro Infante, y el tiempo de Alejandro Galindo que con David Silva nos llevó a recorrer las calles de la ciudad capital y su desasosiego y su ilusión y desilusión para cruzar el Río Bravo (ya desde entonces) en busca del sueño americano, porque acá, en el centro político, económico y social existían *Los olvidados* de Luis Buñuel, allí cerquita de Ninón, Meche y Rosa Carmina, las inolvidables rumberas de la doble moral de nuestra sociedad que se carcajaba con los trabalenguas de Cantinflas y de Tin Tán. Y luego nuestro Bercini nos ofrece algunas de las imágenes en movimiento que diversos realizadores nos han proyectado de Pancho Villa, el Centauro del Norte, acercándonoslo o alejándolo, con desenfoces y neblinas y encuadres parciales según los diversos puntos de vista de los realizadores. A las imágenes congeladas que han quedado retenidas en su recuerdo dedica capítulos breves para contextualizar a Chaplin, a Brando, a Lola y la Doña, a Marlene, a Gene Kelly en la lluvia, la poesía trágica de Eisenstein o la herencia del viejo exhibidor de la entrañable *Cinema Paradiso*. Más ampliamente aborda la investigación sobre los indios norteamericanos atrapados en el circuito hollywoodense, con sus clichés y sus reivindicaciones, así como el tema de la fortuna material entre la industria y los creadores y sus filosofías encontradas, aun en dos genios como Chaplin y Eisenstein, y recrea la historia fílmica del gordo Hitchcock con sus exploraciones sobre el miedo, la culpa y la intriga, para también llevarnos por los resultados obtenidos en las incursiones de los elegidos del Olimpismo y el acercamiento, por lo regular fallido, de las adaptaciones

de las novelas y cuentos del gran dios blanco de la literatura, Ernest Hemingway, y esa relación tirante que nunca termina en luna de miel entre la literatura y la imagen proyectada, y se interna en un análisis serio para establecer las características de la producción independiente y sus planteamientos estéticos y políticos y de los logros de los estudiantes del Centro Universitario fundado en 1963 por Manuel González Casanova. Este viaje emprendido en compañía del autor por las páginas del libro *El cine y la estética cambiante* cierra con un muy interesante capítulo reservado a la naturaleza del personaje cinematográfico, en el cual con un acercamiento, casi de *close-up*, a las aportaciones de Aristóteles y su *Poética*, de las investigaciones de los cuentos y narraciones populares rusas de Vladimir Propp, del estudio de Joseph Campbell sobre la mitología en *El héroe de las mil caras*, y del manual para la labor del guionista en la obra de Christopher Vogler, se convierte en la síntesis de una clase didáctica para la construcción de un personaje, así como de sus coprotagonistas y antagonistas, ofreciendo un apoyo luminoso lo mismo para el estudiante de las disciplinas cinematográficas como para el aficionado cinéfilo, pues le haría comprender más conscientemente las emociones que

experimenta ante el desarrollo de una trama bien montada.

Al cerrar este libro de mil facetas me queda la grata impresión de que entre líneas, entre la variedad de temas y subtemas de diferente peso, su estructura también corresponde en cierta medida a la Odisea de un género que se ha transformado en un héroe que va sorteando los tres umbrales (el de la indecisión que lo proyecta a un mundo extraordinario para enfrentarse a distintas pruebas y vencéndolas se somete a la batalla suprema en donde alcanza su recompensa para iniciar el camino de regreso a casa con el elixir que llevará el beneficio a su mundo), y que este héroe no es otro para Reyes Bercini que el Cine, donde se encuentra la completa unidad de las mil caras en la superficie de la pantalla, la exacta y real materia con la cual se construyen los sueños.

Y, para terminar, sólo quiero agregar una frase que le pertenece a Robert Louis Stevenson y de la cual me apropio ahora, y que dice: “¿De qué puede estar orgulloso un hombre si no está orgulloso de sus amigos?”. Sus amigos estamos muy orgullosos. **U**

Reyes Bercini, *El cine y la estética cambiante*, UNAM, Colección Miradas en la oscuridad, México, 2008, 176 pp.



Los pájaros, Alfred Hitchcock, 1963